

Los primeros en llegar

Aguantó fuerte la respiración y tensó la cuerda hasta la oreja. La flecha salió disparada a su objetivo e impactó sonoramente en el cráneo. El inmundo ser cayó de espaldas con un sonido ahogado soltando la espada oxidada por los aires. Al parecer, era el último, pero ancló otro proyectil por si acaso.

Jadeante, observó alrededor, alerta por algún superviviente de la horda de engendros. Cada segundo, los latidos de su corazón iban a menos. Al cabo de un rato y tras echar un exhaustivo vistazo a las últimas casas del pueblo, el lindero del bosque, el camino adoquinado y el puente sobre el río por fin relajó la mano. Se percató que le sangraban los dedos. La cuerda nueva del arco apenas había sido domada hasta ese momento.

Devolvió la flecha al ornamentado carcaj, regalo de su tío abuelo días antes de la tragedia. Aún quedaban bastantes flechas. Alrededor yacían varios cuerpos, los únicos que habían conseguido acercarse. Recuperó de uno de ellos una daga que limpió con la capa antes de volver a enfundarla. Limpió también la cuchilla del arco, ese invento rudimentario que había añadido a la parte inferior para que también pudiera servir en última instancia como arma blanca.

Los aldeanos empezaron a salir de sus casas boquiabiertos. La mitad de los que quedaban lloraban y se abrazaban a sus seres queridos, la otra mitad yacían mutilados por el pueblo. Algunos habían tenido la suerte de poder defenderse y llevarse el premio de acabar con algún enemigo antes de perder la vida.

Pronto la plaza estuvo llena de supervivientes que alababan, aplaudían y agradecían voz en grito la ayuda de la cazadora.

Nakary estaba de pie, de espaldas a la gente, acariciando el metal de la runa que llevaba al cuello. Tenía un par de heridas, nada graves, que añadían un aspecto aún más siniestro al que tenía al llegar al pueblo esa misma mañana. Entonces nadie le dirigió una palabra, sólo miradas de sospecha, reproches y maldiciones desde las sombras. Le había costado incluso que le pusieran un plato de comer en la posada y había pagado el triple de lo normal por los cuidados a su caballo. Pero ahora las cosas habían cambiado, todo el pueblo agradecía su presencia.

Gardam había pagado caro. La mitad de la población había sucumbido ante el repentino ataque. Soldados, mujeres, ancianos... niños. Pero pese al júbilo por librarse del terror no había que bajar la guardia.

Nakary se dio la vuelta y las voces de los allí presentes enmudecieron. Decenas de ojos la miraban inquietantes. Buscó con la mirada al capitán de la guardia. Estaba apoyado en uno de sus hombres con el muslo vendado y un fuerte corte en la cabeza.

La cazadora se dirigió a él con ágiles pasos observada por todos. El capitán alzó la vista e intentó tembloroso articular palabra.

- Gra... gracias por todo lo que has hecho. De verdad que no... – Un gesto de Nakary con la mano le cortó.

- Reparar la brecha del muro – ordenó al capitán - Montar barricadas frente al lindero del bosque y doblar la guardia. Pedid ayuda a Karadan, que manden hombres.

El capitán asintió y sus hombres se miraron entre ellos aprobándolo. Nakary buscó en su zurrón de cuero una especie de amuleto. Se lo dio por la cadena al capitán que lo observó detenidamente. Era antiguo y estaba roto por una esquina pero no lo suficiente para distinguir una cruz templaria.

- Vendrán más como yo con éste símbolo, ya sea en sus ropas, sus armas, en amuletos o tatuados a fuego en su piel.

Todos los presentes miraban incrédulos incluso con algo de temor.

- Da igual lo extraños que os parezcan. Necesitarán hospedaje, comida y buenas atenciones. – dio un rápido repaso con la mirada a los soldados y aldeanos más cercanos - Por vuestra alma se la daréis.

- Si... cla, claro, entendido... – contestó el capitán.

Nakary se dio la vuelta en dirección a los establos. Abrió el portón donde estaba su corcel. Era el único que permanecía tranquilo.

Las gentes del lugar comentaban entre ellas cuando la cazadora salió a lomos del grisáceo animal.

- Por cierto, quemar todos los cuerpos. – se dirigió a ellos por última vez antes de virar en dirección al puente.

Se alejó al trote y tras pasar el río llegó a una encrucijada con un poste indicador.

Acarició la crin de su bestia y le dio unas palmadas en el cuello. Amarró fuertemente las correas y echó a trotar por el camino orientado al noreste, el camino hacia Tristan.